

## Malachi: Las dos noches que nació con la muerte a sus espaldas

August



# Capítulo 1

Sólo deseaba una cosa, morir...

Y no solamente morir, deseaba dejar de existir.

Estaba cansado del dolor de su alma, de todo el dolor del mundo acumulado en su cuerpo. No podía soportar un continente por un día más, a un humano, a un maldito o a otro cualquier ser por otra hora más; era demasiado tiempo el de su existencia, demasiados siglos agotados; no podía ni soportar la idea de llegar a un milenio. Pero sabía que no era fácil acabar con su alma, tal vez con su cuerpo sí, el mismo que había ocupado durante esa vida: ser decapitado o salir al sol, sería una tortura de segundos pasable en comparación a la agonía de los últimos años.

Siempre lo supo: algún día llegaría el momento en el cual su existencia le cobraría una parte de la humanidad dejada atrás, y recordó ese momento del primer encuentro de su conversión, estando ahí, en la inmensa y silenciosa iglesia, viendo al crucificado, hablándole, recordó:

¿Y no que todo lo sabes? Conoces el pasado, presente y futuro, entonces sabías de las caídas de la humanidad, de sus pecados, de sus guerras, pestes y hambrunas y, aun así, te decidiste por crearlos, ¿Para qué? ¿Para demostrar que eran más quienes se iban contigo y no con Lucifer? ¿Acaso fue una apuesta que hiciste a solas con él, tal como con Job? ¿A eso llegó tu soledad y tu arrogancia? ¿Qué es lo que has ganado, ganas y ganarás con todo esto? Supongo que sabes que son más los que suben y, por eso, lo creaste y lo permitiste todo ... cuántas pestes has permitido, llevo aquí más de seiscientos años, y siempre lo mismo, permites tanto sufrimiento para qué, si sabes que la gente te busca y luego se olvidan de ti. ¿Por qué no los dejas en paz? ... y no basta con eso, no es suficiente con una vida de miseria acá, sino que se debe soportar una eternidad después de esto, y ahí están algunos de tus seguidores, los mismos predicadores del amor, hablando sobre la bendición de los bienaventurados que será ver a los pecadores en el infierno, ¿ese es tu amor?, ¿ese es el amor de ellos?, ¿regocijarse en el sufrimiento de los demás? Más de seiscientos años llevo acá y nada ha cambiado aún...y estoy exhausto.

Y recordó a la perfección, como siempre lo hacía cuando así lo quería, esa madrugada turbulenta externa e interna, en la que, en ciertos momentos, parecía que cada relámpago, al compás de su corazón, anunciaba su último latido, un último latido que aún no había llegado.

## Capítulo 2

Su habitación era pequeña y miserable, al igual que la mayoría en aquellos tiempos; dormía en paja cubierta de lana y se arropaba con piel de algunos animales que dieron su vida para cuidar la de él. Las pequeñas motas de fuego, debido al viento filtrado y la oscuridad, flotaban por los lados. Su madre, la única persona que lo había querido y que se había preocupado por él, acababa de salir del lugar con agua y trapos tibios, ambos sabían muy bien que no servía de nada, podía atenuar el dolor, pero nada más; lo que no sabían era que esa madrugada sería la última de ella con vida y la última de él como humano.

Llegado el momento, pensó que lo que veía era parte de alguna alucinación, pues aquellas aves humanizadas vistas a lo lejos desde el inicio de la peste no llegaban a lugares tan lejanos y miserables como su habitación. Y en ese momento sonrió —fue la última vez que lo hizo siendo humano—, pues, a pesar de la situación, encontró gracioso que aquellas aves humanizadas le recordaban a Horus, y no a Anubis, representante de la muerte, y pensó que las máscaras deberían parecerse al chacal y no al halcón.

La mujer se retiró la máscara dejando de ser ave humanizada y se despojó de su túnica convirtiéndose en virgen y, así, se abalanzó sobre él —Después sabría que era un fetiche de Bietja—, sin entender cómo, su cuerpo respondía al de ella, y esa fue la única vez que percibió la muerte; desde esa madrugada su nombre sería Malachi.

Siendo humano jamás conoció el amor correspondido; ni los hombres ni las mujeres en quienes se fijaba le prestaban atención, así que fue Bietja su primer y gran amor; con ella duraría algunas décadas y conocería también un mundo sin horizontes, el de los malditos de la noche: un mundo sin dolor humano, sin enfermedades, sin preocupaciones y sin pobreza, pero una sola cosa cargaría consigo por siempre, el hambre; y una sola cosa volvería siglos después a presentársele, el agotamiento de su existencia.

¿Quieres morir? —le preguntó aquella madrugada Bietja con un susurro. Sí.

Desde cuándo, ¿desde que te enfermaste?

No, desde mucho antes.

Debido a su debilidad, Malachi no notó la extrañeza en el rostro de Bietja; era la primera vez que un ser humano le decía que sí quería morir, pues los anteriores se habían negado, y le decían que tenían que luchar por sus padres, por sus hijos, por sus amigos, por su pueblo, por su familia, y que no eran capaces de dejarles y causarles aquel ausente dolor. Pero este joven apuesto, que lo hubiese parecido en cualquier país visitado por ella,

y que lo era a pesar de tener su cuerpo marcado por la desnutrición y el rostro cicatrizado por las enfermedades, le decía que sí, que sí quería morir, y que lo quería desde mucho tiempo atrás.

¿No te importa tu madre?

No.

¿Tu futuro?

Nunca he tenido uno.

¿Y si tuvieras otra vida?

...

¿Y no te da miedo la muerte?

Aun así, la espero.

## Capítulo 3

Y, sin hacer más preguntas, Bietja volvió sobre él con ira, debido a que no entendía cómo alguien deseaba alejarse de la vida humana que a ella tanto le costó entender que ya no tenía, no lograba concebir cómo alguien era capaz de desechar su propia existencia.

Algunos siglos después, terminando el XVIII, mientras veían la gran fortaleza debilitándose en humareda y alejados de tal convulsión humana, Malachi le diría:

Es que tú nunca lo has logrado entender, —le replicó suavemente—, quien todo lo tiene, quiere la vida, y quien nada tiene, no le importa perderla. Tú y tu maldito resentimiento por haber nacido en la pobreza —le contestó levantándose tan rápido que ningún ojo humano se hubiese dado cuenta de ello.

Tú y tu ceguera por haber nacido en la riqueza.

¿Todavía con eso?

¿Todavía adornándote con las joyas ensangrentadas del XV porque no concibes tu vida sin la riqueza? —le recriminó.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Y eso a qué viene? Maldita sea, eso fue en mil cuatrocientos noventa y dos —gritó iracunda.

Como si hubiese sido hace una hora.

Claro, y como si tú no te hubieses aprovechado de ellos también.

Esa fue la última vez que la vio, y supo al instante, apenas ella desapareció, que fue Bietja quien dio el golpe más bajo.

## Capítulo 4